NARRACION

Le despertó la luz del sol sobre sus ojos. Los abrió y los volvió a cerrar. Entonces cayó en la cuenta de que estaba atado. Una fina cuerda le cortaba los miembros. Sus piernas estaban atadas hasta los muslos; la misma cuerda le ataba los tobillos, se cruzaba por sus piernas y rodeaba su cadera, su pecho, sus brazos. No podía ver dónde estaba atada. No se alarmó ni se apuró, pues descubrió que la cuerda les permi­tía algo de juego a las piernas y que estaba casi suelta alrede­dor del cuerpo. Esto le hizo reír y pensar que quizá algunos niños le habían querido gastar una broma pesada.

Decidió levantarse. Dobló las rodillas en cuanto pudo, apoyó las manos en la hierba fresca y se incorporó de un golpe. Luego comenzó a andar a saltos como un pájaro. Trató de andar y descubrió que podía poner un pie detrás de otro si levantaba lo bastante un pie del suelo y lograba bajarlo antes de que se tensara la cuerda. De la misma manera podía mover un poco los brazos. Se sintió otra vez bajo control, y ya no se impacientó por llegar al pueblo.

El domador de animales que había instalado su circo en las afueras del pueblo vio al hombre atado por el camino. El hombre atado se movía despacio para evitar que le cortara las carnes la cuerda, pero lo que esto le sugirió al director del circo fue la limitación voluntaria de una gran ligereza de movimientos. Le encantó la extraordinaria elegancia de los gestos, y cruzó el campo para encontrarse con él. No había sentido tanto deleite ni siquiera al ver los primeros saltos de una pantera joven.

“¡Señoras y señores, he aquí al hombre atado!”. Desde su primer movimiento lo envolvió una nube de aplausos en el circo. El hombre atado se levantó. Se arrodilló, se levan­tó, saltó y dio volteretas. Los espectadores estaban atónitos, como se hubiesen visto a un pájaro que por propia voluntad se quedaba en tierra y se limitaba a dar saltitos. El hombre atado se convirtió en la gran atracción. Su fama creció de pueblo en pueblo. “¡Señoras y señores! ¡El hombre atado!”.

Muchos querían ver de cerca cómo estaba atado. Entonces el director del circo anunció que después de cada sesión todos los que quisieran asegurarse de que los nudos eran verdaderos nudos, y la cuerda no era de goma, podían acercarse a hacerlo. La única diferencia entre el hombre atado y los otros funám­bulos o trapecistas era que cuando acababa la sesión él no se quitaba la cuerda. El resultado era que cada movimiento que hacía merecía verse, y los aldeanos se pasaban horas ante el campamento del circo para verlo levantarse de junto al fuego y envolverse en su manta.

El director del circo le repetía que podía perfectamente desatarse después de la función de la noche y volverse a atar la tarde siguiente. Pero la fama del hombre atado dependía del hecho de que siempre estaba atado, que cuando se baña­ba tenía que lavar la ropa al mismo tiempo, y que la única manera de hacerla era lanzarse al río tal como estaba cada mañana al salir el sol.

Uno de esos días se escapó un lobo del circo. El propie­tario del circo no dijo nada, para que no surgiera la alarma, pero el lobo pronto comenzó a atacar el ganado de los alre­dedores. Las sospechas recayeron sobre el circo. Al fin se acusó públicamente al circo por el daño y el peligro, y los espectadores dejaron de venir.

El hombre atado estaba un día en un bosque cercano, cuando vio el resplandor de dos pequeñas luces verdes. Se detuvo. El animal avanzó hacia él a través de las hojas. Si no hubiera estado atado, quizás el hombre hubiera tratado de huir, pero tal como estaba ni siquiera sintió miedo. Estaba tranquilo de pie, con los brazos colgando, mientras miraba el pelaje erizado y brillante del lobo, bajo el cual se adivinaban sus músculos, como los suyos, bajo la cuerda. Aún pensaba que el viento del atardecer estaba entre él y el lobo cuando la bestia saltó. El hombre se cuidó de obedecer a la cuerda.

Moviéndose con el cuidado experto que tan bien había cultivado, agarró al lobo por la garganta. Se lanzó sobre el animal y lo echó al suelo. Sintió la tenaza de sus manos apre­tarse hasta el máximo, sin esfuerzo. El lobo murió.

La mujer del director del circo trató de convencer a su marido de que anunciase la muerte del lobo, pero sin men­cionar que lo había matado el hombre atado. La gente no lo iba a creer. Pero él no se dejó persuadir. Creyó que la hazaña del hombre atado le devolvería los triunfos del verano.

La gente no le creyó. Retó al hombre atado a que repitiera la batalla con el lobo. El director del circo sacó otro lobo, y el público se aprestó a mirar. El hombre atado estaba aler­ta. Nunca se había sentido más en unidad con su cuerda. Pero cuando soltaron el lobo, el hombre notó que alguien había cortado con un cuchillo la cuerda entre sus muñecas. La mujer del director quería salvar su vida. La cuerda cayó arrugada al suelo y él quedó libre. De repente se sintió débil.

El lobo se agachó para saltar. El hombre se volvió, agarró una pistola que colgaba de la jaula y acertó al lobo entre los ojos y se dio a la fuga.